

## LIBRO DÉCIMONONO.

ACONTECIMIENTOS EN LAS PROVINCIAS.— PRIMER DISTRITO.— COMBATE DE VILLASECA.— DE SAN FELIU DE CODINAS.— DE ALTAFULLA.— SARSFIELD EN FRANCIA.— ACCION DE RODA.— OTROS COMBATES Y SUCESOS.— DIVIDE NAPOLEON LA CATALUÑA EN DEPARTAMENTOS.— DA EL MANDO DE ELLA A SUCHET.— SEGUNDO DISTRITO.— SEGUNDO Y TERCER EJÉRCITO.— PARTIDAS.— DIVISIONES DE ROCHE Y WITTINGHAM.— GUERRILLAS EN VALENCIA.— EMPRESAS DEL EMPECINADO, DE VILLACAMPA Y DE DURÁN.— EL MANCO.— GAYAN.— TOMA DURÁN Á SORIA Y Á TUDELA.— CUARTO DISTRITO.— BALLESTEROS.— QUINTO DISTRITO.— PENNE Y MORILLO.— PARTIDAS.— SEXTO DISTRITO.— EVACUACION DE ASTÚRIAS.— PROCLAMA DEL GENERAL CASTAÑOS.— NUEVA ENTRADA DE LOS FRANCESES EN ASTÚRIAS.— SU SALIDA.— SÉPTIMO DISTRITO.— PORLIER.— OTROS CANDILLOS Y JUNTA DE VIZCAYA.— RENOVALES.— EL PASTOR.— INDIVIDUOS DE LA JUNTA DE BÚRGOS AHORCADOS POR LOS FRANCESES.— VENGANZA QUE TOMA MERINO.— DECRETOS NOTABLES DE NAPOLEON.— ESPOZ Y MINA.— ACCION DE SANGÜESA.— PRESA DE UN SEGUNDO CONVOY EN ARLABAN.— MUERTE DE MR. DESLANDES, SECRETARIO DE JOSÉ.— MUERTE DE CRUCHAGA.— MEDIDAS ADMINISTRATIVAS DE MINA.— JUICIO DE WELLINGTON SOBRE LAS GUERRILLAS.— MOVIMIENTO DE WELLINGTON.— PONE EL INGLÉS SITIO Á BADAJOZ.— ASALTO DADO Á LA PLAZA.— TÓMANLA LOS ANGLOPORTUGUESES.— MALTRATAN Á LOS VECINOS.— GRACIAS CONCEDIDAS.— AVANZA SOULT Y SE RETIRA.— ACÉRCANSE LOS ESPAÑOLES Á SEVILLA.— MOVIMIENTOS DE MAMONT HÁCIA CIUDAD-RODRIGO.— WELLINGTON VUELVE AL ÁGUEDA.— DESTRUYE HILL LAS OBRAS DE LOS FRANCESES EN EL TAJO.— SOULT Y BALLESTEROS.— CHOQUES EN OSUNA Y ALORA.— ACCION DE BORNOS, Ó DEL GUADALETE.— GUERRA ENTRE NAPOLEON Y LA RUSIA.— OPINION EN ALEMANIA.— MEDIDAS PREVENTIVAS DE NAPOLEON.— PROPOSICIONES DE NAPOLEON Ó LA INGLATERRA.— CONTESTACION.— EMPIEZA LA GUERRA DE FRANCIA CON RUSIA.— INFLUJO DE ESTA GUERRA RESPECTO DE ESPAÑA.— MANEJOS EN CÁDIZ DEL PARTIDO DE JOSÉ.— SOCIEDADES SECRETAS.— ESPERANZAS DEL PARTIDO DE JOSÉ EN LOS TRATOS CON CÁDIZ.— DESVANÉCENSE.— ASERCION FALSA DEL MEMORIAL DE SANTA ELENA.— PROYECTO DE JOSÉ DE CONVOCAR CÓRTEES.— ÉSCASEZ Y HAMBRE, SOBRE TODO EN MADRID.— PROVIDENCIAS DESASTRADAS.— ÉSCASEZ EN LAS PROVINCIAS.— ABUNDANCIA Y ALEGRÍA EN CÁDIZ.— TAREAS DE LAS CÓRTEES.— LIBERTAD DE LA IMPRENTA Y SUS ABUSOS.— *DICCIONARIO MANUAL Y DICCIONARIO CRÍTICO-BURLESCO.*—

SENSACION QUE CAUSA EL *DICCIONARIO CRÍTICO-BURLESCO*.— SESION DE LAS CÓRTEES Y RESOLUCION QUE PROVOCA.— TENTATIVA PARA RESTABLECER LA INQUISICION.— ESTADO DE AQUEL TRIBUNAL.— SESION IMPORTANTE PARA RESTABLECER LA INQUISICION.— SE ESQUIVA EL RESTABLECIMIENTO DE LA INQUISICION.— PROMUÉVESE QUE SE DISUELVAN LAS CÓRTEES.— PÁRA EL GOLPE LA COMISION DE CONSTITUCION.— SE CONVOCAN LAS CÓRTEES ORDINARIAS PARA 1813.

Antes de referir los combinados y extensos movimientos que ejecutaron, al promediar del año de 1812, las armas aliadas, echaremos una ojeada rápida sobre los acontecimientos parciales ocurridos durante los primeros meses del año en las diversas provincias de España. Comenzaremos por la de Cataluña, ó sea el primer distrito.

Allí D. Luis Lacy, ayudado de la Junta del principado y de los demas jefes, mantenía cruda guerra; habiéndose situado á mediados de Enero en Reus, con amago á Tarragona. Escasez de víveres y secretos tratos habían dado esperanzas de recuperar por sorpresa aquella plaza. Avisado Suchet, previno el caso, y comunicó para ello órdenes al general Musnier, que mandaba en las riberas del Ebro hácia su embocadero; quien por su parte encargó al general Lafosse, comandante de Tortosa, que avanzase más allá del Coll de Balaguer, y explorase los movimientos de los españoles. Confiado éste sobradamente, imaginó que Lacy se habia alejado al saber la noticia de la rendicion de Valencia; por lo que sin reparo, y participándosele así á Musnier, prosiguió á Villaseca, en donde acampó el 19 de Enero. Consistía la fuerza de Lafosse en un batallon y 60 caballos, con los que se metió en Tarragona, dejando á los infantes, para que descansasen, en dicho Villaseca. Don Luis Lacy aprovechó tan buena oportunidad, y arremetió contra los últimos, logrando, á pesar de una larga y vivísima resistencia, desbaratarlos, y coger el batallon casi entero con su jefe Dubarry. En vano quiso Lafosse revolver en socorro de los suyos: habíanlos ya puesto en cobro los nuestros. Se distinguieron en tan glorioso combate el Baron de Eroles y el comandante de coraceros Casasola.

Llamado entónces el general en jefe español á otras partes, dejó apostado en Reus á Eroles, y marchó con D. Pedro Sarsfield la vuelta de Vich, adonde habia acudido el general frances Decaen. Al aproximarse los nuestros, evacuaron los enemigos la ciudad, y en San Feliu de Codinas trabóse sangrienta lid. Al principio cayó en ella prisionero Sarsfield; mas á poco libertáronle cuatro de sus soldados, y cambiando la suerte, tuvieron los franceses que retirarse apresuradamente.

En tanto Eroles sostuvo el 24 de Enero otra acometida del enemigo. Embistiéronle los generales Lamarque y Maurice Mathieu en Altafulla, acorriendo ambos de Barcelona con superiores fuerzas. Acosado y envuelto el general español, vióse en la precision de dispersar sus tropas, á las que señaló para punto de reunion el monasterio de Santas-Cruces. Sacrificáronse dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña con intento de salvar la division, y lo consiguieron, arrostrando y conteniendo el ímpetu del enemigo en un bosque cercano. Nuestra pérdida consistió en 500 hombres y dos piezas; no escasa la de los franceses, que quisieron vengar en este reencuentro el revés de Villaseca.

Rehecho luégo Eroles, caminó por disposicion de Lacy al norte de Cataluña, vía del valle de Aran, con órden de apoyar á D. Pedro Sarsfield, quien penetró bravamente en Francia el 14 de Febrero, siguiendo el valle del Querol, y derrotando en Hospitalet á un batallon que le quiso hacer frente. Recorrió Sarsfield varios pueblos del territorio enemigo; exigió 50.000 francos de contribucion; cogió más de 2.000 cabezas de ganado, y tambien pertrechos de guerra.

Acabada que fué la incursion de Sarsfield en Francia, revolió Eroles con su gente sobre Aragon, y se adelantó hasta Benasque y Graus. Andaba por aquí la brigada del general Bourke, perteneciente al cuerpo llamado de reserva de Reille, que despues de la conquista de Valencia habia tornado atras, y tomado el nombre de cuerpo de observacion del Ebro. Atacó Bourke á Eroles en Roda, partido de Benavarre, el 5 de Marzo, hallándole apostado en el pueblo que se asienta en un monte erguido. Duró la refriega diez horas, y al cabo quedó la victoria de parte de los españoles, teniendo los franceses que retirarse abrigados de la noche, muy mal herido su general, y con pérdida de cerca de 1.000 hombres. Refugióse Bourke en Barbastro, y despues en la plaza de Lérida, temeroso de Mina. A poco vino en su ayuda parte de la division de Severoli, que era otra de las del cuerpo de Reille, la cual penetró tierra adentro en Cataluña, en persecucion de Eroles, infructuosa é inútilmente.

Con suerte vária empeñáronse por el mismo tiempo diversos combates en los demas distritos de aquel principado. De notar fué el que sostuvo en 27 de Febrero cerca de la villa de Darnús el teniente coronel D. Juan Rimbau al frente del primer batallon de San Fernando; en el que quedaron destruidos 500 infantes y 20 caballos enemigos. Lo mismo aconteció en otras refriegas trabadas en Abril, no léjos de Aulot y Llanvaneras, por Milans y Rovira. Repetíanse á cada instante parecidos choques, si no todos de igual importancia, á las órdenes de Fábregas, Gay,

Manso y otros jefes. Continuaba por nosotros la montaña de Abusa, lugar propio para instruccion de reclutas; tambien la plaza de Cardona y la Seu de Urgel, desde cuyo punto su gobernador D. Manuel Fernandez Villamil, atalayando el territorio frances, no desaprovechaba ocasion de incomodar á sus habitantes y sacar contribuciones. Del lado de la mar manteníanse en nuestro poder las islas Medas, impenetrable asilo, gobernado ahora por D. Manuel Llauder, que molestaba á los enemigos hasta con corsarios, que se destacaban de aquella guarida.

Y como si no bastasen los hechos anteriores para sustentar tráfigo tan belicoso, vino aún á avivarle un decreto dado por Napoleon en 26 de Enero, segun el cual se dividia la Cataluña, como si ya perteneciese á Francia, en cuatro departamentos, á saber: 1.º, del Ter, capital Gerona; 2.º, de Monserrat, capital Barcelona; 3.º, de las Bocas del Ebro, capital Lérida, y 4.º, del Segre, capital Puigcerdá. Para llevar á efecto esta determinacion, llegaron en Abril á la ciudad de Barcelona varios empleados de Francia, y entre ellos Mr. de Chauvelling, encargado de la intendencia de los llamados departamentos de Monserrat y Bocas del Ebro; y monsieur Treilhard, nombrado prefecto del de Monserrat. Los instaló en sus puestos el 15 del mismo mes el general Decaen. Burlábanse de tales disposiciones aún los mismos franceses, diciendo en cartas interceptadas: «Aquí deberian enviarse, por diez años á lo ménos, ejércitos y bayonetas, no prefectos.» Los moradores, por su parte, despechábanse más y más viendo en aquella resolucion, no ya la mudanza de dinastía y de gobierno, sino hasta la pérdida de su antiguo nombre y naturaleza, sentimiento arraigado y muy profundo entre los españoles, y sobre todo entre los habitantes de aquella provincia.

Por entónces, aunque continuó al frente de Cataluña el general Decaen, dieron los franceses la supremacía del mando de toda ella, como ya la tenía de una parte de la misma provincia y de Aragon y Valencia, al mariscal Suchet. Con este motivo, y el de prevenir desembarcos que se temian por aquellas costas, avistáronse él y Decaen en Reus el 10 de Julio. Nacian semejantes recelos de una expedicion inglesa que se dirigía á España, procedente de Sicilia, de la cual hablaremos despues como conexas con la campaña general é importante que empezó en este verano. También inquietaban á dichos generales movimientos de Lacy hácia la costa, y anuncios de conspiraciones en Barcelona y Lérida. En la primera de las dos ciudades prendieron los franceses y castigaron á varios individuos; y en la última el gobernador Henriod, conocido ya como hombre cruel, halló ocasion de saciar su saña con motivo de haberse volado

el 16 de Julio un almacen de pólvora, de cuya explosion resultaron muchas víctimas, y abrirse una brecha en el baluarte del Rey. Atribuyó el general frances este suceso, no á casualidad, sino á secretos manejos de los españoles. Sospechas fundadas; si bien nada pudo Henriod descubrir ni poner en claro en el asunto.

El fatal golpe de la caída de Valencia comprimió por algun tiempo el fervor patriótico de aquel reino, no habiendo ocurrido en él al principio acontecimiento notable. Sin embargo, el gobierno supremo de Cádiz envió por comandante general de la provincia á D. Francisco de Copons y Navia, quien, gozando de buen nombre por la reciente defensa de Tarifa, trató ya en Abril de animar con proclamas á los valencianos, desde el punto de Alicante. Rehacianse en Murcia el segundo y tercer ejército, todavía al mando de D. José O'Donnell; ascendiendo el número de gente en ambos á unos 18.000 hombres. Limitáronse sus operaciones á varias correrías, ya por la parte de Granada, ya por la de la Mancha, ya, en fin, por la de Valencia: todas entónces no muy importantes, pero que de nuevo inquietaban al enemigo. Don Antonio Porta, comandante del reino de Jaen, bajo la dependencia de este ejército, cogió en 5 de Abril, entre Bailén y Guarroman, porcion de un numeroso convoy que iba de Madrid á Sevilla. Se señalaba tambien por allí el partidario D. Bernardo Marques, como igualmente hácia la Carolina D. Juan Baca, segundo de D. Francisco Abad (Chaleco); quien proseguia en la Mancha sus empresas. En esta provincia mandaba aún D. José Martinez de San Martin; y recorriendo á veces la tierra con feliz estrella, se abrigaba en las montañas ó en Murcia; habiendo repelido el 16 de Marzo, en la ciudad de Chinchilla, una columna francesa que vino en busca suya.

Mirábase como refuerzo importante para el segundo y tercer ejército una division española que se formaba en Alicante, equipada á costa del gobierno británico, y regida por el general Roche, inglés, al servicio de España: asimismo otra de la misma clase, que adiestraba en Mallorca el general Whittingham, debiendo ambas obrar de acuerdo con el segundo y tercer ejército, y con la expedicion anglo-siciliana mencionada arriba.

Tampoco perjudicaban á la tropa reglada algunas guerrillas que empezaban á rebullir hasta en las mismas puertas de la ciudad de Valencia; principalmente la del Fraile, denominada así por capitanearla el franciscano descalzo fray Asensio Nebot, que importunaba bastante al enemigo con acometimientos y sorpresas.

Pero las partidas que se mostraban incansables en sus trabajos eran las ya ántes famosas del Empecinado, Villacampa y Durán, pertenecien-

tes á este segundo distrito. El Conde del Montijo, á quien Blake habia nombrado jefe de todas tres, retiróse, verificada la rendicion de Valencia, y se incorporó á las reliquias de aquel ejército, campeando de nuevo por sí los mencionados caudillos, segun deseaban, y cual quizá convenia á su modo de guerrear. Tuvo D. Juan Martin el Empecinado que deplorar en 7 de Febrero la pérdida de 1.200 hombres, acaecida en Reboillar de Sigüenza en un rencuento con el general Guy, estando para ser cogido el mismo Empecinado en persona, quien sólo se salvó echándose á rodar por un despeñadero abajo. Achacaron algunos tal descalabro á una alevosía de su segundo D. Saturnino Albuin, llamado el Manco; y parece que con razon, si se atiende á que hecho prisionero éste tomó partido con los enemigos, empañando el brillo de su anterior conducta. Ni aún aquíparó el Manco en su desbocada carrera; preparóse á querer seducir á D. Juan Martin y á otros compañeros, aunque en balde, y á levantar partidas que apellidaron de *contra-Empecinados*, las cuales no se portaron á sabor del enemigo, pasándose los soldados á nuestro bando luégo que se les abria ocasion.

Al regresar D. Pedro Villacampa de Murcia á Aragon escarmentó, durante el Marzo, á los generales Palombini y Pannetier en Campillo, Ateca y Pozohondon. Unióse en seguida con el Empecinado; y obrando juntos ambos jefes, amenazaron á Guadalajara. Separáronse luégo, y Villacampa tornó á su Aragon, al paso que D. Juan Martin acometió á los franceses en Cuenca, entrando en la ciudad el 9 de Mayo, y encerrando á los enemigos en la casa de la Inquisicion y en el hospital de Santiago. No siéndole posible al Empecinado forzar de pronto estos edificios, se retiró y pasó á Cifaentes; y hallándose el 21 en la vega de Masegoso, dudaba si aguardaria ó no á los enemigos que se acercaban, cuando sabedores los soldados de que venia el Manco, quisieron pelear á todo trance. Lograron los nuestros la ventaja, y el Manco huyó apresuradamente, que no cabe por lo comun valor muy firme en los traidores.

Tambien D. Ramon Gayan estuvo para apoderarse el 29 de Abril del castillo de Calatayud, muy fortificado por los franceses. No lo consiguió; pero á lo ménos tuvo la dicha de coger á su comandante, de nombre Favalelli, y 60 soldados que se hallaban á la sazón en la ciudad.

Por su parte llevó igualmente entónces á cabo D. José Durán dos empresas señaladas, que fueron la toma de Soria y el asalto de Tudela. Ejecutó la primera el 18 de Marzo, auxiliado de un plano y de noticias que le dió el arquitecto D. Dionisio Badiola. Inútilmente quisieron los enemigos defender la ciudad: penetraron dentro los nuestros, rompiendo las

puertas, y obligando á los franceses á recogerse al castillo con pérdida de gente y de algunos prisioneros. Alcanzaron la libertad muchos buenos españoles allí encarcelados. Guarnecian á Tudela de 800 á 1.000 infantes enemigos, y la embistieron los nuestros el 28 de Mayo. Habíanla los franceses fortalecido bastantemente; mas todo cedió al ímpetu de los soldados de Durán, que asaltaron la ciudad por el Cármen Descalzo y por la Misericordia, guiando las columnas D. Juan Antonio Tabuena y D. Domingo Murcia. Los enemigos se metieron tambien esta vez en el castillo, dejando en nuestro poder 100 prisioneros y muchos pertrechos.

En el cuarto distrito manteníase la mayor parte de su ejército en la isla de Leon, con buena disciplina y órden, yendo en aumento su fuerza más bien que en mengua. Las salidas en este tiempo no fueron muchas ni de entidad. Continuaba maniobrando por el flanco derecho en Ronda el general Ballesteros, habiendo atacado el 16 de Febrero en Cártama al general Marransin. Desbaratóle con pérdida considerable, siendo ademas herido gravemente de dos balazos el general frances. En seguida tornó Ballesteros al campo de Gibraltar por venir tras de él con bastante gente el general Rey: tomó el español la ofensiva no mucho tiempo despues, con objeto, segun verémos, de atraer á los enemigos de Extremadura.

Aquí y en todo el quinto distrito se hallaba reducido el ejército por escasez de medios, si bien apoyado en el cuerpo que gobernaba el general Hill. Consistía su principal fuerza en las dos divisiones que mandaban el Conde de Penne Villemur y don Pablo Morillo. Coadyuvaron ambas á las operaciones que favorecieron el sitio y reconquista de Badajoz, de que hablarémos más adelante. Penne solia acudir al condado de Niebla y libertar de tiempo en tiempo aquellos pueblos, que enviaban de continuo provisiones á Cádiz, y formaban como el flanco izquierdo de tan inexpugnable plaza. Morillo con su acostumbrada rapidez y destreza hizo en Enero una excursion en la Mancha, y llegó hasta Almagro. Entró el 14 en Ciudad-Real, en donde le recibieron los vecinos con gran júbilo, y volvió á Extremadura despues de molestar á los franceses, de causarles pérdidas, cogerles algunos prisioneros, y alcanzar otras ventajas.

Las partidas de este distrito, sobro todo las de Toledo, seguían molestando al enemigo; y Palarea, uno de los principales guerrilleros de la comarca, recibió del príncipe regente de Inglaterra, por mano de lord Wellington, un sable, «en prueba de admiracion por su valor y constancia.»

El ejército del sexto distrito contribuyó con sus movimientos á acelerar la evacuacion de Asturias, verificada nuevamente á últimos de Ene-

ro en virtud de órdenes de Marmont, apurado con el sitio y toma de Ciudad-Rodrigo. No pudieron los franceses ejecutar la salida del principado sino á duras penas por las muchas nieves, y molestados por los paisanos y tropas asturianas, como asimismo por D. Juan Diaz Porlier, que los hostilizó con la caballería, cogiendo bagajes y muchos rezagados. Tambien perecieron no pocos hombres, dinero y efectos á bordo de cinco trincaduras que tripularon los enemigos en Gijon, de las cuales se fueron cuatro á pique, acometidas de un temporal harto recio.

Por lo demas, las operaciones del sexto ejército en el invierno se limitaron á algunos amagos, á causa de lo riguroso de la estacion, y en espera de los movimientos generales que preparaban los aliados. Mandábase, como Antes, D. Francisco Javier Abadía, conservando la potestad suprema militar el general Castaños, que, segun indicamos, gozaba tambien de la del quinto y séptimo ejército.

Trasladóse este último jefe á Galicia, yendo de Ciudad-Rodrigo por Portugal, y pisó á principios de Abril aquel territorio. Para alentar con su presencia á los habitantes, juzgó del caso, no sólo tomar providencias militares y administrativas, sino tambien Halagar los ánimos con la deleitable perspectiva de un mejor órden de cosas. Decíales, por tanto, en una proclama datada en Pontevedra á 14 de Abril..... (1) «Mi buena suerte me proporciona ser quien ponga en ejecucion en el reino de Galicia la nueva Constitucion del imperio español, ese gran monumento del saber y energía de nuestros representantes en el Congreso nacional, que asegura nuestra libertad, y ha de ser el cimiento de nuestra gloria venidera.»

Volvieron los franceses á mediados de Mayo á ocupar á Astúrias, ya por lo que agradaba al general Bonnet residir en aquella provincia, donde obraba con independencia casi absoluta, ya por disposicion del general Marmont, en busca de carnes, de que escaseaba su ejército en Castilla. La permanencia entónces no fué larga ni tampoco tranquila, siendo de notar, entre otros hechos, la defensa que el coronel de Laredo, D. Francisco Rato, hizo en el convento de San Francisco de Villaviciosa contra el general Gautier, que no pudo desalojarle de allí á la fuerza. Tuvo Bonnet que evacuar el principado en Junio, aguijados los suyos hácia Salamanca por los movimientos de los anglo-portugueses. Verificaron los franceses la salida del lado de la costa, via de Santander, teme-

---

(1) Véase la *Gaceta de la Regencia* de 7 de Mayo de 1812.

rosos de encontrar tropiezos si tomaban el camino de las montañas que parten términos con Leon. El mando del sexto ejército español, despues de una corta interinidad del Marqués de Portago, recayó de nuevo en D. José María de Santocildes con universal aplauso.

Muchos continuaban siendo los reencuentros y choques de los diversos cuerpos y guerrillas que formaban el séptimo ejército bajo D. Gabriel de Mendizábal, quien poniéndose al frente, cuando de unas fuerzas, cuando de otras, juntábalas ó las separaba segun creía conveniente, estrechando en una ocasion á los franceses de Búrgos mismo.

De los jefes que le estaban subordinados, maniobraba Porlier, conforme hemos visto, al este de Astúrias, siempre que el principado se hallaba en poder de enemigos, acudiendo, en el caso contrario, á los llanos de Castilla ó á Santander, ó bien embarcándose á bordo de buques ingleses y españoles en amago de algunos puntos de la costa.

Lo mismo ejecutaban en Cantabria el ya nombrado D. Juan Lopez Campillo, con Salcedo, la Riva y otros varios caudillos.

En las provincias Vascongadas instalóse en Febrero la Junta del señorío, que comunmente residía ahora en Orduña. Por el esmero que dicha autoridad puso, y bajo la inspeccion del general Mendizábal, acabó D. Mariano Renovales de formar entónces tres batallones y un escuadron; los primeros de á 1.200 hombres cada uno, que empezaron á obrar en la actual primavera. Alimentáronse así los diversos focos de insurreccion, creados ya ántes en gran parte por la actividad y cuidado especial del Pastor y Longa. En sus correrías extendíase Renovales por la costa, mancomunando sus operaciones con las fuerzas marítimas británicas, que á la órden de sir Home Popham cruzaban por aquellos mares; y hubo circunstancia en que ambos cerraron de cerca ó escarmenataron á los franceses de Bilbao y otros puertos. Bien así como D. Gaspar Jáuregui (el Pastor), poco há nombrado, á quien se debió, sostenido por dicho Popham, la toma de Lequeitio el 18 de Junio, de un fuerte, ganado por asalto, y la de un convento, en donde se cogieron cañones, pertrechos y 290 prisioneros.

Perseguían los enemigos con encono á las juntas de este séptimo distrito, que auxiliadoras en gran manera de las guerrillas y cuerpos francos, fomentaban, ademas, el espíritu hostil de los habitantes por medio de impresos y periódicos publicados en los lugares recónditos en donde se albergaban. Así avínole terrible fracaso á la de Búrgos, una de las más diligentes y tenaces. Cuatro de sus vocales, D. Pedro Gordo, D. José Ortiz Covarrubias, don Eulogio José Muro y D. José Navas (nombres

que no debe olvidar la historia) tuvieron la fatal desgracia de que, sorprendiéndolos los enemigos el 21 de Marzo en Grado, los trasladasen á la ciudad de Soria, y los arcabuceasen ilegal é inhumanamente, suspendiendo sus cadáveres en la horca. Irritado con razon D. Jerónimo Merino, adalid de aquellas partes, pasó por las armas á ciento diez prisioneros franceses; veinte por cada vocal de la Junta, y los demas por otros dependientes de ella que igualmente sacrificó el frances. Tal retorno tiene la violenta saña.

No querian entónces nuestros contrarios reconocer en el ciudadano español los derechos que á todo hombre asisten en la defensa de sus propios hogares, y trataban á los que no eran soldados como salteadores ó rebeldes. Sin embargo, Napoleon, cuando en 1814 tocaba ya al borde de su ruina, dió un decreto en Fismes, á 5 de Marzo, en el que decía (2): «1.º Que todos los ciudadanos franceses estaban, no sólo autorizados á tomar las armas, sino obligados á hacerlo, como tambien á tocar al arma á reunirse, registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos, y acometer al enemigo por flanco y espalda..... 2.º Que todo ciudadano frances cogido por el enemigo y castigado de muerte, seria vengado inmediatamente en represalia con la muerte de un prisionero enemigo.» Otros decretos del mismo tenor acompañaron ó precedieron á éste, señaladamente uno en que se autorizaba el levantamiento en masa de varios departamentos, con facultad á los generales de permitir la formacion de partidas y cuerpos francos.

Defensa ésta mejor que otra ninguna de la conducta de los españoles; leccion dura para conquistadores sin prevision ni piedad, que en el devaneo de su encumbrada alteza prodigan improprios é imponen castigos á los hijos valerosos de un suelo profanado é injustamente invadido.

En este séptimo distrito quedannos por referir algunos hechos de D. Francisco Espoz y Mina, no desmereedores de los ya contados. A vueltas siempre con el enemigo, pasaba aquel caudillo de una provincia á otra, juntaba su fuerza, la dispersaba, reuníala de nuevo, obrando tambien á veces en compañía de otros partidarios. El 11 de Enero, presente Gabriel de Mendizábal, general en jefe del séptimo ejército, y en compañía de la partida de don Francisco Longa, hizo Espoz y Mina firme rostro al enemigo á la derecha del río Aragon, inmediato á la ciudad de Sangüesa. Mandaba á los franceses el general Abbé, gobernador de Pamplona,

---

(2) Véase el *Monitor* de 7 de Marzo de 1814, y el de 3 de Enero del mismo año.

quien envuelto y acometido por todas partes, tuvo que salvarla al abrigo de la noche, despues de perder dos cañones y unos 400 hombres.

Aunque amalado, no cesó Espoz y Mina en sus lides, cogiendo en 9 de Abril, de un modo muy notable, un convoy en Arlaban, lugar célebre por la sorpresa ya relatada del año anterior. Presentábanse para el logro de aquel intento várias dificultades; era una la misma victoria Antes alcanzada, y otra un castillo que habían construido allí los franceses, y artilládole con cuatro piezas. Cuidadoso Mina de alejar cualquiera sospecha, maniobró diestramente; y todavía le creian sus contrarios en el alto Aragon, cuando haciendo en un día una marcha de 15 leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9, al quebrar del alba, en las inmediaciones de Arlaban y pueblo de Salinas, en donde formó con su gente un circulo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga. Cruchaga, segundo de Mina, contribuyó mucho á los preparativos, y opuso á la vanguardia de los contrarios al bravo y despues malaventurado comandante don Francisco Ignacio Asura.

Era el convoy muy considerable; escoltábanle 2.000 hombres, llevaba muchos prisioneros españoles, y caminaba con él á Francia M. Deslandes, secretario de gabinete del rey intruso, y portador de correspondencia importante. Al descubrir el convoy y tras la primera descarga, cerraron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga, y punzáronla ántes de que volviese de la primera sorpresa. Duró el combate sólo una hora, destrozados los enemigos y acosados de todos lados: 600 de ellos quedaron tendidos en el campo, 150 prisioneros, y se cogió rico botín y dos banderas. Parte de la retaguardia pudo ciar precipitadamente, protegida por los fuegos del castillo de Araban; M. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dio el subteniente don Leon Mayo. Su esposa doña Carlota Aranza fué respetada, con otras damas que allí iban. Cinco niños, de quienes se ignoraban los padres, enviólos Mina á Vitoria, diciendo en su parte al Gobierno: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi division todos los sentimientos de compasion y cariño que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada..... Los niños, por su candor tienen sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el corazon guerrero de Cruchaga.»

Expresiones que no pintan á los partidarios españoles tan hoscos y fieros como algunos han querido delinearlos.

Poco Antes el general Dorsenne (que aunque tenía sus cuarteles en Valladolid, hacia excursiones en Vizcaya y Navarra), combinándose con

tropas de Aragon, y juntando en todo unos 20.000 hombres, penetró en el valle del Roncal, abrigo de enfermos y heridos, depósito de municiones de boca y guerra. Grande peligro estrechó entonces á Mina, que consiguió superar, burlándose de los ardides y maniobras del frances, y ejecutar en seguida la empresa relatada de Arlaban.

Tanto empeño en concluir del todo con Espoz, no sólo lo motivaban los daños que de sus acometidas se seguian al enemigo, sino la resolucion cada vez más clara de agregar á Francia la Navarra con las otras provincias de la izquierda del Ebro. Así se lo manifestó Dorsenne por este tiempo á las autoridades y cuerpos de Pamplona, entre los que varios replicaron oponiéndose con el mayor teson. Esta resistencia, y los acontecimientos que sobrevinieron en el norte de Europa, impidieron que aquella determinacion pasase á ejecucion abierta.

Despues de lo de Arlaban se trasladó Mina al reino de Aragon, y habiéndose introducido en el pueblo de Robres, se vio cercado al amanecer del 23 de Abril y casi cogido en la misma casa donde moraba, y en cuya puerta se defendió con la tranca, no teniendo por de pronto otra arma, hasta que acudió en auxilio suyo su asistente el bravo y fiel Luis, que llamando al mismo tiempo á otros compañeros, le sacó del trance, y lograron todos esquivar la vigilancia y presteza de los enemigos.

Así siguió Mina de un lado á otro, y no paró ántes de mediar Mayo; en cuya sazón, habiéndose dirigido á Guipúzcoa, ocurrió la desgracia de que al penetrar por la carretera de Tolosa en el pueblo de Urmástegut, una bala ele cañón arrebatase las dos manos al esforzado D. Gregorio Cruchaga, de cuya grave herida murió á poco tiempo. Tambien entonces en Santa Cruz de Campezu recibió Mina un balazo en el muslo derecho, por lo que estuvo privado de mandar hasta el inmediato Agosto. Con esto respiraron los franceses algun trecho, necesario descanso á su mucha molestia.

Si admira tanto guerrear, más destructivo y enfadoso para los franceses, cuanto se asemejaba al de los pueblos primitivos en sus lides, igualmente eran de notar varios actos de la administracion de Mina. Estableció éste cerca de su campo casi todos los cuerpos y autoridades que residían ántes en Pamplona, saltando de sitio en sitio al són de la guerra, pero desempeñando todos, no obstante, sus respectivos cargos con bastante regularidad, ya por la adhesion de los pueblos á la causa nacional, ya por el terror que infundia el solo nombre de Mina, cuya severidad frisaba á veces en cruel saña, si bien algo disculpable y forzosa en medio de los riesgos que le circufan, y de los lazos que los enemigos le armaban.

Cubría principalmente Espoz y Mina sus necesidades con los bienes que secuestraba á los reputados traidores, con las presas y botin tomado al enemigo, y con el producto de las aduanas fronterizas. Modo el último de sacar dinero, quizá nuevo en la económica de la guerra. Resultó de un convenio hecho con los mismos franceses, segun el cual, nombrándose por cada parte interesada un comisionado, se recaudaban y distribuian entre ellos los derechos de entrada y salida. Amigos y enemigos ganaban en el trato, con la ventaja de dejar más expedito el comercio.

La utilidad y buenas resultas en la guerra de este fuego lento y devorador de las partidas, recenocíalo lord Wellington, quien decía por aquel tiempo en uno de sus pliegos, escrito en su acostumbrado lenguaje verídico, severo y frio (3): «Las guerrillas obran muy activamente en todas las partes de España, y han sido felices muchas de sus últimas empresas contra el enemigo.»

Dicho general proseguia con pausa en sacar ventaja de sus triunfos. Tomado que hubo á Ciudad Rodrigo, destruidos los trabajos de sitio, reparadas las brechas y abastecida la plaza, pensó en moverse hácia el Alentejo, y emprender el asedio de Badajoz. Ejecutáronse los preparativos con el mayor sigilo, queriendo el general inglés no despertar el cuidado de los mariscales Soult y Marmont. Dispuesto todo, empezaron á ponerse en marcha las divisiones anglo-portuguesas, dejando sólo tina con algunos caballos en el Águeda. Lord Wellington salió el 5 de Marzo, y sentó ya el II en Yéives su cuartel general.

En seguida mandó echar un puente de barcas sobre el Guadiana, una legua por bajo de Badajoz; y pasando el rio su tercera y cuarta division, embistieron éstas la plaza, juntamente con la division ligera, el 16 del mismo Marzo; agregóseles despues la quinta, que era la que Bahía quedado en Castilla. La primera, sexta y séptima, con dos brigadas de caballería, se adelantaron á los Santos, Zafra y Llerena, para contener cualquiera tentativa del mariscal Soult, al paso que el general Hill avanzó con su cuerpo desde los acantonamientos de Alburquerque á Mérida y Almendralejo, encargado de interponerse entre los mariscales Soult y Marmont, si, como era probable, trataban de unirse. Coadyuvó á este movimiento el quinto ejército español, cuyo cuartel general estaba en Valencia de Alcántara.

El gobernador frances Philippon, no sólo habia reparado las obras de

---

(3) Parte de lord Wellington á D. Miguel Pereira Forjaz, de 13 de Mayo (*Gaceta de la Regencia* de 9 de Junio de 1812).

Badajoz, sino que las había mejorado, y aumentado algunas. Por lo mismo pareció á los ingleses preferible emprender el ataque por el baluarte de la Trinidad, que estaba más al descubierto y se hallaba más defectuoso, batiéndole de lèjos, y confiando para lo demas en el valor de las tropas. Dicho ataque pudo ejecutarse desde la altura en que estaba el reducto de la Picuriña, para lo cual menester era apoderarse de esta obra, y unirla con la primera paralela; operacion arriesgada, de cuyo éxito feliz dudó lord Wellington.

Metiéndose el tiempo en agua desde el 20 al 25, creció tanto Guadiana, que se llevó el puente de barcas; á cuya desgracia afiadíose tambien la de que el 19, haciendo los franceses una salida con 1.500 infantes y 40 caballos, causaron cenfusiou y destrozo en los trabajos. Con todo, los ingleses continuaron ocupándose en ellos con ahinco, y rompieron el fuego desde su primera paralela el 25 con 28 piezas en seis baterías; dos contra la Picuriña, y cuatro para enfilar y destruir el frente atacado.

Al anochecer del mismo dia asaltaron los ingleses aquel fuerte, defendido por 250 hombres, y le tomaron. Establecidos aquí los sitiadores, abrieron, á distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza, la segunda paralela.

En ésta se plantaron baterías de brecha para abrir una en la cara derecha del baluarte de la Trinidad, y otra en el flanco izquierdo del de Santa María, situado á la diestra del primero. Los enemigos habian preparado por ente lado, por donde corre el Rivillas, una inundacion que se extendia á 200 varas del recinto, y cuya exclusiva la cubría el rebellin de San Roque, colocado á la derecha de aquel rio, y enfrente de la cortina de la Trinidad y San Pedro, en la cual tambien se trató de aportillar una tercera brecha. Los ingleses, para inutilizar la mencionada exclusiva, quisieron asimismo apoderarse del rebellin; pero tropezaron con dificultades que no pudieron remover de golpe.

Prosiguió el sitiador sus trabajos hasta el 4 de Abril, esforzándose el gobernador Philippon en impedir el progreso, y empleando para ello suma vigilancia, y todos los medios que le daba su valor y consumada experiencia.

Miéntas tanto, viniendo sobre Extremadura el mariscal Sault, aunque no ayudado todavía, como deseaba, por el mariscal Marmont, preparóse Wellington á presentar batalla si se le acercaba, y resolvióse á asaltar cuanto ántes la plaza.

Ya entónces estaban practicables las brechas. Por tres puntos principalmente debia empezarse la acometida: por el castillo, por la cara del

baluarte de la Trinidad, y por el flanco del de Santa María. Enenrgábase la primera á la tercera division del mando de Picton, y las otras dos d las divisiones regidas por el teniente coronel Barnard y el general Colville. Doscientos hombres de la guardia de trinchera tuvieron la órden de atacar el rebellin de San Roque, y la quinta division, al cargo de Leith, la de llamar la atencion desde Pardaleras al Guadiana, sirviéndose al propio tiempo de una de sus brigadas para escalar el baluarte de San Vicente y su cortina, hácia el rio.

Dióse principio á la embestida el 6 de Abril á las diez de la noche, y le dieron los ingleses con su habitual brío. Escalaron el castillo, y le entraron tenaz resistencia. Enseñoreáronse tambien del rebellin de San Roque, y llegaron por el lado occidental hasta el foso de las brechas; mas se pararon, estrellándose contra la mafia y ardor frances. Allí apiñados, desoyendo ya la voz de sus jefes, sin ir adelante ni atras, dejáronse acribillar largo rato con todo linaje de armas y mortíferos instrumentos.

Apesadumbrado lord Wellington de tal contratiempo, iba á ordenar que se retirasen todos para aguardar al dia, cuando le detuvo en el mismo instante el saber que Picton era ya dueño del castillo, é igualmente, que sucediera bien el ataque que Babia dado una de las brigadas de la quinta division al mando de Walker; la cual, si bien á costa de mucha sangre, vacilaciones y fatiga, habia escalado el baluarte de San Vicente y extendidose lo largo del muro. Incidente feliz que, amenazando por la espalda á los franceses de las brechas, los aterró, y animó á los ingleses á acometerlas de nuevo y d apoderarse de ellas.

Lográronlo en efecto, y so rindió prisionera la guarnicion enemiga. El general Philippon con los principales oficiales se recogió al fuerte de San Cristóbal y capituló en la mañana siguiente. Ascendía la guarnicion francesa al principiar el sitio á unos 5.000 hombres. Perecieron en él más de 800. Tuvieron los ingleses de pérdida, entre muertos y heridos, obra de 4.900 combatientes; menoscabo enorme, padecido especialmente en los asaltos de las brechas.

Los franceses desplegaron en este sitio suma bizarría y destreza; los ingleses sí lo primero, mas no lo último. Probólo el mal suceso que tuvieron en el asalto de las brechas, y su valor en el triunfo de la escalada. Así les acontecía comunmente en los asedios de plazas.

Trataron bien los ingleses á sus contrarios; malamente á los vecinos de Badajoz. Aguardaban éstos con impaciencia á sus libertadores, y preparáronles regalos y refrescos, no para evitar sn furia, como han afirmado ciertos historiadores británicos, pues aquélla no era de esperar de

amigos y aliados, sino para agasajarlos y complacerlos. Más de cien habitantes de ambos sexos mataron allí los ingleses.

Duró el pillaje y destrozo toda la noche del 6 y el siguiente día. Fueron desatendidas las exhortaciones de los jefes, y hasta lord Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados, que le impidieron entrar en la plaza á contener el desenfreno. Restablecióse el órden un día despues con tropas que de intento se trajeron de fuera.

Sin embargo, las Córtes decretaron gracias al ejército inglés, no queriendo que se confundiesen los excesos del soldado con las ventajas que proporcionaba la reconquista de Badajoz. Condecoró la Regencia á lord Wellington con la gran cruz de San Fernando. Pusieron los ingleses la plaza en manos del Marqués de Monsalud, general de la provincia de Extremadura.

El 8 de aquel Abril so habia adelantado Soult hasta Villafranca dolos Barros, y retrocedió, mal enojado, luégo que supo la rendicion de Badajoz; atacó el 11 á su caballería y la arrolló la inglesa.

Al propio tiempo el Conde de Penne Villemur, con un trozo del quinto ejército español, se acercó á Sevilla por, la parte derecha del Guadalquivir, y peleó con la guarnicion francesa de aquella ciudad y con la que Babia en el convento de la Cartuja.

Culpóse á Ballesteros de no haberle ayudado á tiempo por la otra orilla del rio, y de ser causa de no despues de arrojar de allí á los franceses. Retiróse Penne Villemur el 10 por órden de Wellington, habiendo contribuido su movimiento á acelerar la retirada de Soult á Sevilla. despues de dejar éste á Drouet apostado entre Fuente-Ovejuna y Guadalcanal.

Luégo que acudió al sitio de Badajoz, como ya indicamos, la quinta division británica, no quedaron más tropas por el lado de Ciudad-Rodrigo, que algunas partidas y la gente de D. Cárlos de España, junto con el regimiento inglés primero de húsares, bajo el mayor general Alten, encargado de permanecer allí hasta fines de Marzo. Parecióle, pues, al mariscal Marmont buena ocasion aquélla de recuperar á Ciudad-Rodrigo ó Alineida, y de hacer una excursión en Portugal, más atento á mirar por las cosas de su distrito, que á socorrer á Badajoz, que se hallaba comprendido en el del mariscal Soult, trabajados continuamente estos generales con rivalidades y celos. Con aquel pensamiento partió Maruiont de Salamanca, asistido de 20.000 hombres, entre ellos 1.200 de caballería. Intimó en vano la rendicion á Ciudad-Rodrigo, desde cuyo punto, no bien hubo apostado una division de bloqueo, se enderezó á Almeida, donde tampoco tuvo gran dicha. Muy estrechado se vió D. Cárlos de España, colocado no léjos de

Ciudad-Rodrigo, y á duras penas pudo unirse con milicias portuguesas, que habían pisado las riberas del Coa. Por su parte el mayor general Alten se retiró, y le siguió á la Beira baja la vanguardia francesa, que entró el 12 de Abril en Castelló Branco, de donde volvió piés atrás. Pero Marmont, habiendo espantado á las milicias portuguesas y dispersádaslas, se adelantó más allá de la Guarda, y llegó el 15 á la Lagiosa. Mayores hubieran sido entónces los estragos, si noticioso el general frances de la toma de Badajoz, no hubiera comenzado el 16 su retirada, levantando en seguida el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, y replegándose, en fin, á Salamanca.

Aguijóle tambien á ello el haberse puesto en movimiento lord Wellington, caminando al Norte, despues que Soult tornó á Sevilla. El general inglés sentó en breve sus cuarteles en Fuente-Guinaldo, acantonando sus tropas entre el Águeda y el Coa.

Adelante Wellington en su plan de campaña, pero yendo poco á poco y con mesura, determinó embarazar, y áun destruir las obras que aseguraban al enemigo el paso del Tajo, en Extremadura, y por consiguiente sus comunicaciones con Castilla. Los franceses hablan suplido en Almaraz el puente de piedra, ántes volado, con otro de barcas, y afirmándole en ambas orillas del Tajo con dos fuertes, denominados Napoleon y Ragusa. A estas obras habian añadido otras, como lo era la reedificación y fortaleza de un castillo antiguo, situado en el puerto de Mirabete, una legua del puente, y único paso de carruajes.

Encomendó Vellington la empresa al general Hill, que regía, como ántes, el cuerpo aliado que maniobraba á la izquierda del Tajo. Le acompañó el Marqués de Alameda, individuo de la Junta de Extremadura, de quien no ménos que del pueblo recibió Hill mucha ayuda y apoyo.

Al despuntar del alba atacaron los ingleses, el 19 de Mayo, y tomaron por asalto el fuerte de Napoleon, colocado en la orilla izquierda; lo cual infundió tal terror en los enemigogieros, que abandonaron el de Ragusa, sito en la opuesta, huyendo la guarnicien en el mayor decórden hácia Naval moral. Cogieron los ingleses 250 prisioneros; arrasaron ambos fuertes, destruyeron el puente, y quemaron las demas obras, las oficinas y el maderaje que encontraron. Libertóse el castillo de Mirabete por su posicion, que estorbaba se le tomase de sobresalto. Sacó la guarnicion, dos dial despues, el general d'Armagnac del ejército frances del centro, viniendo por la Puente del Arzobispo. Otros auxilios que intentaron enviar Marmont y Soult llegaron tarde. Con el triunfo alcanzado quitóseles á los franceses la mejor comunicacion entre su ejército del Mediodía y el que llamaban de Portugal.

Por su lado, el mariscal Soult, de vuelta de Extremadura, habia atendido á contener á D. Francisco Ballesteros; en particular despues que Penne Villemur se habia alejado de la márgen derecha del Guadalquivir. El D. Francisco, desembocando del Campo de Gibraltar para cooperar á los movimientos del último, habia hecho alto en Utrera el 4 de Abril sin pasar adelante; con lo cual se dió tiempo á la llegada de Soult de Extremadura, y á que Penne Villemur se viese obligado á retroceder á sus anteriores puestos. Ballesteros hubo de hacer otro tanto y replegarse via de la sierra de Ronda. Sin embargo, haciendo un movimiento rápido, tuvo la fortuna de escarmentar á los enemigos el 14 de Abril, en Osuna y Alora. En la primera ciudad se peleó en las calles, viéndose los franceses obligados á encerrarse en el fuerte que habian construido, picándose de cerca, y avanzando hasta el segundo recinto el regimiento de Sigüenza á las órdenes de su valiente jefe D. Rafael Cevallos Escalera. Y en Alora, trabándose refriega con una division enemiga, se le tomaron bagajes, dos cañones y algunos prisioneros. Lo mismo aconteció el 23 entre otra columna enemiga y la vanguardia española al cargo de D. Juan de la Cruz Mourgeon; la cual, en una reñida lid, y hasta el punto de llegar á la bayoneta, arrolló á los contrarios y les causó mucha pérdida y daño.

Tales excursiones, marchas y embestidas, con lo que amagaba por Extremadura y Castilla, pusieron muy sobre aviso al mariscal Soult, quien temeroso de que Ballesteros fuese reforzado con nueva gente de desembarco, y dificultase las comunicaciones entre Sevilla y las tropas sitiadoras de Cádiz, trató de asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad, y como paraje muy importante, á Bórnos. Mandaba allí el general Conroux, teniendo bajo sus órdenes una division de 4.500 hombres. Salió entónces Ballesteros de Gibraltar, bajo cuyo cañon habia vuelto á guarecerse, y pensó en impedir los trabajos del enemigo y de tentar de nuevo la fortuna.

Así fué que avanzando vadeó el Guadalete el 1.º de Junio, y acometió á los franceses en Bórnos mismo. Embistieron valerosamente los primeros D. Juan de la Cruz Mourgeon y el Príncipe de Anglona con la vanguardia y tercera division. Fueron al principio felices, mas cuando la izquierda en donde mandaba D. José Aimerich y el Marqués de las Cuevas, cundió el desmayo á las demas tropas, y creció con un movimiento rápido y general de los enemigos sobre los nuestros, y el avance de su caballería, superior á la española, viniendo al trote y amagando nuestra retaguardia. Consiguieron, no obstante, las fuerzas de Ballesteros repa-

sar el rio, el bien algunos cuerpos con trabajo y á costa de sangre. Favoreció el repliegue D. Luis del Corral, que gobernaba los jinetes, quien se portó con tino y denodadamente: tambien sobresalió allí por su serenidad y brío D. Pedro Tellez Jiron, príncipe de Anglona, deteniendo á los franceses en el paso del Guadalete, ayudado de algunas tropas, y en especial del regimiento asturiano del Infiesto. Recordarse no ménos debe el esclarecido porté de don Rafael Cevallos Escalera, ya mencionado honrosamente en otros lugares, quien mandando el batallon de granaderos del General, aunque hérido en un muslo, siempre al frente de su cuerpo menguado con bastantes pérdidas, avanzó de nuevo, recobró por sí mismo una pieza de artillería, sostúvola y cuando vió cargaban muchos enemigos sobre el reducido número de su gente, no queriendo perder el cañon cogido, asióse á una de las ruedas de la cureña, y defendióle gallardamente hasta que cayó tendido de un balazo junto á su trofeo. Las Córtes tributaron justos elogios á la memoria de Cevallos, y dispensaron premios á su afligida familia. No prosiguieron los enemigos el alcance, siendo considerable su pérdida; mas la nuestra ascendió á 1.500 hombres, muchos, en verdad, extraviados.

Seguro, entre tanto, Wellington de que los españoles, á pesar de infortunios y descalabros, distraerian á Soult por el Mediodía, y de que, avituallado Badajoz y guarnecida la Estremadura con el cuerpo del general Hill y el quinto ejército, quedaria toda aquella provincia bastante cubierta, resolvióse á marchar adelante por Castilla, y abrir una campaña importante, y tal vez decisiva. Animábale mucho lo que ocurra en el norte de Europa, y los sucesos que de allí se anunciaban.

Conforme á lo que en el año pasado habia indicado en Cádiz D. Francisco de Zea Bermudez, disponíase la Rusia á sustentar guerra á muerte contra Napoleon. El desasosiego de éste, su desapoderada ambicion, el anhelo por dominar á su antojo la Europa toda, eran la verdadera y fundamental causa de las desavenencias suscitadas entre las cortes de París y San Petersburgo. Mas los pretextos que Napoleon alegaba nacian: 1.º de un ukase del Emperador de Rusia de 31 de Diciembre de 1810, que destruia en parte el sistema continental, adoptado por la Francia en perjuicio del comercio marítimo; 2.º, una protesta de Alejandro contra la reunion que Bonaparte había resuelto del ducado de Oldemburgo, y 3.º, los armamentos de Rusia. Figurábase el Emperador frances que una batalla ganada en las márgenes del Niémen amansaria aquella potencia, y le daria á él lugar para redondear sus planes respecto de la Polonia y de la Alemania, y continuar sin obstáculo en adoptar otros nuevos, siguiendo

do una carrera que no tenía ya otros límites que los de su propia ruina. Pero el emperador Alejandro, amaestrado con la experiencia, y trayendo siempre á la memoria el ejemplo de España, en donde la guerra se prolongaba indefinidamente convertida en nacional, y en donde Wellington iba consumiendo con su prudencia las mejores tropas de Napoleon, no pensaba aventurar en una accion sola la suerte y el honor de la Rusia.

Aunque todavía tranquila, podia tambien la Alemania entrar en una guerra contra la Francia, segun cálculo de buenas probabilidades. Llevaba allí muy á mal el pueblo la insolencia del conquistador y la influencia extranjera, y se lamentaba de que los gobiernos doblasen la cerviz tan sumisamente. Alentados con eso ciertos hombres atrevidos que deseaban en Alemania dar rumbo ventajoso á la disposicion nacional, empezaron á prepararse, pero á las calladas, por medio de sociedades secretas. Parece que una de las primeras establecidas, centro de las demas, fué la llamada de *Amigos de la virtud*. Advirtiéronse ya sus efectos, y se vislumbraron chispazos en 1809, en cuyo año, á ejemplo de España, plantaron bandera de ventura Katt, Darnberg, Schil, y hasta el duque mismo Guillermo de Brunswick.

Tuvieron tales empresas éxito desgraciado, mas no por eso acabó el fômes, siendo imposible extirparlo á la policia vigilante de Napoleon, pues se hallaba como connaturalizado con todos los alemanes, y no repugnaba ni á los generales, ni á los ministros, ni á príncipes esclarecidos, que lo excitaban, si bien muy encubiertamente. Una victoria de los rusos, ó un favorable incidente, bastaba para que prendiese la llama, tanto más fácil de propagarse, cuanto mayores y más extendidos eran los medios de abrirle paso.

Por tanto, Napoleon procuró impedir en lo posible una manifestacion cualquiera de insurreccion popular, más peligrosa al comenzar la guerra en el Norte. Creyó, pues, oportuno y prudente tomar prendas que fuesen seguro de la obediencia. Así que, se enseñoreó sucesivamente de várias plazas de Alemania en los meses de Febrero y Marzo, y concluyó tratados de alianza con Prusia y Austria, persuadiéndose que afianzaba de este modo la base de su vasto y militar movimiento contra el imperio ruso. No le sucedia tan bien en cuanto á las potencias que formaban, por decirlo así, las alas, Suecia y Turquía. Con la primera no pudo entenderse, y antes bien se enajenaron las voluntades á punto de que dicho gobierno, no obstante hallarse á su frente un príncipe frances (Bernadotte), firmó con la Rusia un tratado en Marzo del mismo año. Con la segunda tampoco alcanzó Bonaparte ninguna ventaja, porque si bien en

un principio mantenía guerra el Sultán con el emperador Alejandro, irritado después con los eflujos y tergiversaciones del gabinete de Francia, y acariciado por la Inglaterra, hizo la paz, y terminó sus altercados con Rusia en virtud de un tratado concluido en Bucharest al finalizar Mayo.

Napoleón, aunque decidido á la guerra, deseoso, sin embargo, de aparentar moderación, dió ántes de romper las hostilidades un paso ostensible en favor de la paz. Tal era su costumbre al emprender nuevas campañas; mas siempre en términos inadmisibles.

Dirigiéronse las proposiciones al gabinete inglés, cuya política no había variado aún después de haber hecho dejación este año de su puesto el Marqués de Wellesley, fundándose en que no se suministraban á su hermano lord Wellington medios bastante abundantes para proseguir la guerra con mayor tesson y esfuerzo. Las propuestas del gobierno francés, fechas en 17 de Abril, las recibió lord Castlereagh, ministro á la sazón de Negocios extranjeros.

En ellas, tras de un largo preámbulo, considerábanse los asuntos de la Península española y los de las dos Sicilias como los más difíciles de arreglarse, por lo cual se proponía un ajuste apoyado en las siguientes bases: 1.º (decía el gabinete de las Tullerías), use garantizará la integridad de la España. La Francia renunciará toda idea de extender sus dominios al otro lado de los Pirineos. La presente dinastía será declarada independiente, y la España se gobernará por una Constitución nacional de Córtes. Serán igualmente garantidas la independencia é integridad de Portugal, y la autoridad soberana la obtendrá la casa de Braganza; 2.º, el reino de Nápoles permanecerá en posesión del monarca presente, y el reino de Sicilia será garantido en favor de la actual familia de Sicilia. Como consecuencia de estas estipulaciones, la España, Portugal y la Sicilia serán evacuadas por las fuerzas navales y de tierra, tanto de la Francia como de la Inglaterra.»

Con fecha de 23 del mismo Abril contestó lord Castlereagh, á nombre del príncipe regente de Inglaterra (que ejercía la autoridad real por la incapacidad mental que había sobrevenido años atrás á su augusto padre), que «sí, como se lo recelaba S. A. R., el significado de la proposición: *la dinastía actual será declarada independiente, y la España gobernada por una Constitución nacional de Córtes*, era que la autoridad real de España y su gobierno serían reconocidos como residiendo en el hermano del que gobernaba la Francia, y de las Córtes reunidas bajo su autoridad, y no como residiendo en su legítimo monarca Fernando VII y sus herederos, y las Córtes generales y extraordinarias que actualmente

representaban á la nacion española, se le mandaba que franca y expedidamente declarase á S. E. (el Duque de Basano) que las obligaciones que imponia la buena fe apartaban á S. A. R. de admitir para la paz proposiciones que se fundasen sobre una base semejante.

Que si las expresiones referidas se aplicasen al gobierno que existia en España, y que obraba bajo el nombre de Fernando VII; en este caso, despues de haberlo así asegurado S. E., S. A. R. estaría pronto á manifestar plenamente sus intenciones sobre las bases que habian sido propuestas á su consideracion.»

No entró lord Castlereagh á tratar de los demas puntos, como dependientes de este más principal, y la negociacion tampoco tuvo otras resultados, debiendo las armas continuar en su impetuoso curso.

De consiguiente, el Emperador frances, prevenido y aderezado para la campaña, salió de París el 9 de Mayo, y despues de haberse detenido hasta últimos del mes en Dresde, donde recibió el homenaje y cumplido de los principales soberanos de Alemania, encaminóse al Niémen, límite de la Rusia. Más de 600.000 hombres tomaban el mismo rumbo, entre ellos unos pocos españoles y portugueses, reliquias de los regimientos de la division de Romana que quedaron en el Norte, y de la del Marqués de Alorna, que salió de Portugal en 1808, con algunos prisioneros que de grado ó fuerza se les habian unido. De tan inmenso tropel de gente armada, 480.000 estaban ya presentes, y comenzaron á pasar el Niémen en la noche del 23 al 24 de Junio, siendo Napoleon quien primero invadió el territorio ruso y dió la señal de guerra; señal que resonó por el ámbito de aquel imperio, y fué principio de tantas mudanzas y trastornos.

En medio de la confianza que inspiraba á Napoleon su constante y venturoso hado, obligáronle las circunstancias á aflojar, por lo ménos temporalmente, en el proyecto de ir agregando á Francia las provincias de España. Sin embargo, aferrado en sus decisiones primeras, no varió ni tomó ahora ésta, sino muy entrada la primavera, y cuando ya habia fijado el momento de romper con Rusia. Notóse, por lo mismo, que José continuaba quejándose, aún en los primeros meses del año, del porte de su hermano; resaltando su descontento en las cartas interceptadas á su desgraciado secretario M. Deslandes. Entre ellas, las más curiosas eran dos escritas á su esposa y una al Emperador; todas tres de fecha 23 de Marzo. Y la última, inclusa en una de las primeras, con la advertencia de sólo entregarla en el caso de que «se publicase el decreto de reunion (son sus expresiones), y de que se publicase en la *Gaceta*.» Por la palabra *reunion* entendia José la de las provincias del Ebro á Francia, pues

aunque éstas, según hemos visto, sobre todo Cataluña, se consideraban ya como agregadas, no se había anunciado de oficio aquella resolución en los papeles públicos. En la carta á su hermano le pedía José á que le permitiese deponer en sus manos los derechos que se había dignado transmitirle á la corona de España hacia cuatro años; porque no habiendo tenido otro objeto en aceptarla que la felicidad de tan vasta monarquía, no estaba en su mano el realizarla.» Explayaba en la otra carta á su esposa el mismo pensamiento, é indicaba la ocasión que le obligaría á permanecer en España, y las condiciones que para ello juzgaba necesarias. Decía: 1.º «Si el Emperador tiene guerra con Rusia y me cree útil aquí, me quedo con el mando general y con la administración general. Si tiene guerra y no me da el mando, y no me deja la administración del país, deseo volver á Francia.» 2.º «Si no se verifica la guerra con Rusia, y el Emperador me da el mando ó no me lo da, también me quedo, mientras no se exija de mí cosa al que pueda hacer creer que consiento en el desmembramiento de la monarquía, y se me dejen bastantes tropas y territorio, y se me envíe el millón de préstamo mensual que se me ha prometido..... Un decreto de reunión del Ebro que me llegase de improviso, me haría ponerme en camino al día siguiente. Si el Emperador difiere sus proyectos hasta la paz, que me dé los medios de existir durante la guerra.» Triste situación y necesaria consecuencia de haber aceptado un trono que afirmaba sólo la fuerza extraña; debiendo advertirse que la hidalguía de pensamientos que José mostraba respecto de la desmembración de España, desaparecía con el período último de la postrer carta; pues en su contexto ya no manifiesta aquél oposición á la providencia en sí misma, sino á la oportunidad y tiempo de ejecutarla.

De poco hubieran servido los duelos y plegarias de José, si los acontecimientos del Norte no hubieran venido en su ayuda. Napoleón, atento á eso, pero sin alterar las medidas tomadas respecto de Cataluña y otras partes, cedió en algo á la necesidad, y autorizó á su hermano con el mando de las tropas; dejándole en todo mayores ensanches, y aún consintiendo que entrase en habla con las Cortes y el Gobierno nacional.

Hicimos antes mención del origen de semejantes tratos, y de la repulsa que recibieron las primeras proposiciones. No por eso desistieron de su intento los emisarios de José en Cádiz, animados con el disgusto que produjo la caída de Valencia en todo el reino, con el que produciría en el mismo Cádiz el incesante bombardeo, y esperanzados también en las alteraciones que consigo trajese en la política la Regencia últimamente nombrada.

Dos eran los principales medios de que solian valerse dichos emisarios: uno, procurar influir en las determinaciones del Gobierno ó empantanarlas; otro, agitar la opinion con falsas nuevas, con el abuso de la imprenta ó con otros arbitrios; sirviéndose para ello á veces de logias masónicas establecidas en Cádiz.

Apénas habia tomado arraigo ni casi se conocia en España esta institucion antes de 1808, perseguida por el Gobierno y por la Inquisicion. Tampoco ni ella ni ninguna otra sociedad secreta coadyuvaron al levantamiento contra los franceses, ni tuvieron parte, pues entonces todos se entendian como por encanto, y no se requeria sigilo ni comunicacion expresa en donde reinaba universalmente correspondencia natural y simultánea.

Derramados los franceses por la Península, fundaron logias masónicas en las ciudades principales del reino, y convirtieron ese instituto de pura beneficencia, en instrumento que ayudase á su parcialidad. Trataron luégo de extender las logias á los puntos donde regía el Gobierno nacional; proyecto más hacedero despues que la libertad fundada por las Córtes estorbaba que se tomasen providencias arbitrarias ó demasiado rigurosas.

Fué Cádiz uno de los sitios en que más paró la consideracion el gobierno intruso para propagar la francmasonería. Dos eran las logias principales, y una sobre todo se mostraba aviesa á la causa nacional y afectá á la de José. Celábalas el Gobierno, y el influjo de ellas era limitado, porque ni los individuos conspicuos de la potestad ejecutiva, ni los diputados de Córtes, excepto alguno que otro por América, aficionado á la perturbacion, entraron en las sociedades secretas. Y es de notar que así como éstas no soplaron el fuego para el levantamiento de 1808, tampoco intervinieron en el establecimiento de la Constitucion y de las libertades públicas. Lo contrario de Alemania: diferencia que se explica por la diversa situacion de ambas naciones. Hallábase la última agobiada y opresa ántes de poder sublevarse; y España revolvióse á tiempo y primero que la coyunda francesa pesase del todo sobre su cuello. Más adelante, cuando otra de distinta naturaleza vino á abrumarle en el aciago año de 1814, se recurrió tambien entre nosotros al mismo medio de comunicacion y á los mismos manejos que en Alemania; representando gran papel las sociedades secretas en las repetidas tentativas que hubo despues, enderezadas á derrocar de su asiento al gobierno absoluto.

Lisonjeábanse los emisarios de José de alcanzar más pronto sus fines por medio de la nueva Regencia, en especial al llegar en Junio á pre-

sidirla, de Inglaterra, el Duque del Infantado. No porque este prócer se doblase á transigir con el enemigo, ni ménos quisiera faltar á lo que debia á la independencia de su patria, sino porque distraido y flojo, daba lugar á que se formasen en su derredor tramoyas y conjuras. Igualmente esperaban los mismos emisarios sorprender la buena fe de cierto ministro, y sobre todo contaban con el favor de otro, quien, travieso y codicioso de dinero y honores, no se mostraba hosco á la causa del intruso José. Omitirémos estampar aquí el nombre por carecer de pruebas materiales que afiancen nuestro aserto, ya que no de muchas morales.

Lo cierto es que en la primavera y entradas de verano se duplicaron los manejos, las idas y venidas, en disposicion de que el canónigo Peña, ya mencionado en otro libro, consiguió pasar á Galicia con el título de vicario de aquel ejército, resultando de aquí que él y los demas emisarios de José anunciasen á éste, como si fuera á nombre del gobierno de Cádiz, el principio de una negociacion, y la propuesta de nombrar por ambas partes comisionados que se abocasen y tratasen de la materia, siempre que se guardára el mayor sigilo. Debian verificarse las vistas de dichos comisionados en las fronteras de Portugal y Castilla, obligándose José á establecer un gobierno representativo fundado sobre bases consentidas recíprocamente, ó bien á aceptar la Constitucion promulgada en Cádiz con las modificaciones y mejoras que se creyesen necesarias.

Ignoraban las Córtes semejante negociacion, ó, por mejor decir, embrollo, y podemos aseverar que tambien lo ignoraba la Regencia en cuerpo. Todo procedia de donde hemos indicado, de cierta dama amiga del Duque del Infantado, y de alguno que otro sujeto muy revolvedor. Quizá habia tambien entre las personas que tal trataban hombres de buena fe, que, no creyendo ya posible resistir á los franceses, y obrando con buena intencion, querian proporcionar á España el mejor partido en tamaño aprieto. No faltaban asimismo quienes viviendo de las larguezas de Madrid, á fin de que éstas durasen, abultaban y encarecian más allá de la realidad las promesas que se les hicieran.

Tantas, en efecto, fueron las que á José le anunciaron sus emisarios, que hasta le ofrecieron granjear la voluntad de alguno de nuestros generales.

A este propósito, y al de avistarse con los comisionados que se esperaban de Cádiz, nombró José por su parte otros; entre ellos á un abogado, de apellido Pardo, que si bien llegó á salir de Madrid, tuvo á poco que pararse y desandar su camino, noticioso en Valladolid de la batalla

de Salamanca. Suceso que deshizo y desbarató como de un soplo tales enredos y maquinaciones.

Preséntanse siempre muy oscuros semejantes negocios, y dificultoso es ponerlos en claro. Por eso nos hemos abstenido de narrar otros hechos que se nos han comunicado, refiriendo sólo y con tiento los que ternos por seguros. Basta ya lo que hubo, para que escritores franceses hayan asegurado que las Córtes se metieron en tratos con José; é igualmente para que en el *Memorial de Santa Helena* ponga M. de Las Casas en boca de Napoleon (4) «que las Córtes (por el tiempo en que vamos) negociaban en secreto con los franceses.» Asercion falsísima y calumniosa; pues repetimos, y nunca nos cansaremos de repetir lo ya dicho en otro libro, que para todo tenían poder y facultades las Córtes y el Gobierno de Cádiz, ménos para transigir y componerse con el rey intruso; por cuya imprudencia, que justamente se hubiera tachado luégo de traicion, hubiéralas impuesto la furia española un ejemplar y merecido castigo.

Ni José mismo tuvo nunca gran confianza, al parecer, en la buena salida de tales negociaciones, pues pensaba por sí juntar Córtes en Madrid, siguiendo el consejo del ministro Azanza, que le decía ser ése el medio de levantar *altar contra altar*. Ya ántes había nombrado José una comision que se ocupase en el modo y forma de convocar las Córtes, y ahora se provocaron por su gobierno súplicas para lo mismo. Así fué que el Ayuntamiento de Madrid en 7 de Mayo, y una diputacion de Valencia en 19 de Julio, pidieron solemnemente el llamamiento de aquel cuerpo. Contestó José á los individuos de la última, «que los deseos que expresaban de la reunion de Córtes eran los de la mayoría inmensa de la nacion y los de la parte instruida, y que S. M. los tomaria en consideracion para ocuparse seriamente de ellos en un momento oportuno.» Añadió: «que estas Córtes serian más numerosas que cuantas se habian celebrado en España» Los acontecimientos militares, el temor á Napoleon, que hasta en sus mayores apuros repugnaba la congregacion de cuerpos populares, y tambien los obstáculos que ofrecian los pueblos para nombrar representantes llamados por el gobierno intruso, estorbaron la realizacion de semejantes Córtes, y áun su convocatoria.

De todas maneras, inútiles é infructuosos parecian cuantos planes y beneficios se ideasen por un gobierno que no podia sostenerse sin puntal extranjero. Entre las plagas que ahora afligian á la nacion, y que eran

---

(4) *Memorial de Sainte Helène*, tom. IV, septième partie: II Novembre 1816. Édition in-8.°, á Londres, 1823.

consecuencia de la guerra y devastacion francesa, aparecian entre las más terribles la escasez y su compañera la hambre. Apuntamos cómo principió en el año pasado. En éste llegó á su colmo, especialmente en Madrid, donde costaba en primeros de Marzo el pan de dos libras á 8 y 9 reales, ascendiendo en seguida á 12 y 13. Hubo ocasion en que se pagaba la fanega de trigo á 530 y 540 reales; encareciéndose los demas víveres en proporcion, y yendo la penuria á tan grande aumento, que áun los tronchos de berzas y otros desperdicios tomaron valor en los cambios y permutas, y se buscaban con ánsia. La miseria se mostraba por calles y plazas, y se mostraba espantosa. Hormigueaban los pobres, en cuyos rostros representábase la muerte, acabando muchos por espirar desfallecidos y ahilados. Mujeres, religiosos, magistrados, personas antes en altos empleos, mendigaban por todas partes el indispensable sustento. La mortandad subió por manera, que desde el Setiembre de 1811 que comenzó el hambre, hasta el Julio inmediato, sepultáronse en Madrid unos 20.000 cadáveres; estrago tanto más asombroso, quanto la poblacion habia menguado con la emigracion y las desdichas. La policia atemorizábase de cualquier reunion que hubiese, y puso 200 ducados de multa á los dueños de tiendas, si permitian que delante se detuviesen las gentes, segun es costumbre en Madrid, particulannente en la Puerta del Sol. Presentaba, en consecuencia, la capital cuadro asqueroso, triste y horrendo, que partia el corazon. Deformábanla hasta los mismos derribos de casas y edificios, que si bien se ordenaban para hermosear ciertos barrios, como nunca se cumplian los planes, quedaban sólo las ruinas y el desamparo.

No era factible al gobierno de José reparar ahora tan profundos males, ni tampoco aquietar el desasosiego que asomaba con motivo de buscar alimento. La escasez provenia de malas cosechas anteriores, de los destrozos de la guerra y sus resultas, de muchas medidas administrativas, poco cuerdas y casi siempre arbitrarias. Hablamos de las providencias del monopolio y logrería que tomó el gobierno intruso en el año pasado; las mismas continuaron en éste, acopiándose granos para los ejércitos franceses, y encajonando á este fin galleta en Madrid mismo, cuando faltaba á los naturales pan que llevar á la boca. Las contribuciones, en vez de aminorarse, crecian; pues ademas de las anteriores ordinarias y extraordinarias, y de una organizacion y aumento en la del sello, mandó José, ántes de finalizar Junio, á las seis prefecturas de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Toledo, Ciudad-Real y Segovia (que era adonde llegaba su verdadero dominio), que sin demora ni excusa aprontasen 570.000 fane-

gas de trigo, 275.000 de cebada, y 73 millones de reales en metálico; cuya carga en su totalidad, áun regulando el grano á ménos de la mitad del precio corriente, pasaba de 250 millones de reales; exaccion que hubiera convertido en vasto desierto país tan asolado ya; pero que no se realizó por los sucesos que sobrevinieron, y porque, segun hermosamente dice el rey D. Alonso (5): «Lo que es ademas no puede durar.»

En las provincias sometidas á los franceses, sobre todo en las centrales, la carestía y miseria corria parejas con la de Madrid. Casi á lo mismo que en esta capital valia el grano en Castilla la Vieja. En Aragon andaba la fanega de trigo á 450 reales, y no quedó en zaga en las Andalucías, si á veces no excedió. Hubo que custodiar en la ciudad de Sevilla las casas de los panaderos, y en aquel reino ya ántes habia mandado Soult que se hiciesen las siembras, como tambien aconteció en otras partes; porque al cultivador faltábale para ejecutar las labores semilla ó ánimo, privado á cada paso del fruto de su sudor. Más adelante harémos mencion, segun se vayan desocupando las provincias, y segun esté á nuestro alcance, de las contribuciones que los pueblos pagaron, de las derramas que padecieron. Cúmulo de males todos ellos que asolaban las provincias ocupadas, y las transformaban en cadáveres descarnados.

¡Cuán otro semblante ofrecia Cádiz, á pesar del sitio y de los proyectiles que caian! Gozábase allí de libertad, reinaba la alegría, arribaban á su puerto mercaderías de ambos mundos, abastábanle víveres de todas clases, hasta de los más regalados; de suerte que ni la nieve faltaba, traída por mar de montañas distantes para hacer sorbetes y aguas heladas. Sucédíanse sin interrupcion las fiestas y diversiones, y no se suspendieron ni los toros ni las comedias; construyéndose al intento del lado del mar una nueva plaza de toros, y un teatro fuera del alcance de las bombas, para que se entregasen los habitantes con entero sosiego al entretenimiento y holganza.

Allí las Cortes prosiguieron atareadas con aplauso muy universal. Organizar conforme á la Constitucion las corporaciones supremas del reino, no ménos que la potestad judicial y el gobierno económico de los pueblos, con los ramos dependientes de troncos tan principales, fué lo que llamó en estos meses la atencion primera. Expediéronse, pues, reglamentos individualizados y extensos para el Consejo de Estado y Tribunal Supremo de Justicia. Los recibieron tambien los tribunales especiales de Guerra y Marina, de Hacienda y de Ordenes, conocidos antes

---

(5) Partida 2.<sup>a</sup>, tít. III, ley 8.<sup>a</sup>

bajo el nombre de Consejos; los cuales quedaron en pié, ó por ser necesarios á la buena administracion del Estado, ó por no haberse aún admitido ciertas reformas que se requeria precediesen á su entera ó parcial abolicion. Las audiencias, los juzgados de primera instancia y sus dependencias se ordenaron y fueron planteando bajo una nueva forma. En el ramo económico y gobernacion de los pueblos se deslindaron por menor las facultades que le competian, y se dieron reglas á las diputaciones y ayuntamientos. Faena enredosa y larga en una monarquía tan vasta que abrazaba entónces ambos hemisferios, de situacion y climas tan lejanos, de prácticas y costumbres tan diferentes.

Abusos de la libertad de imprenta dieron ocasion á disgusto y altercados, y acabaron por excitar vivos debates sobre restablecer ó no la Inquisicion. A tanto llegó por una parte el desliz de ciertos escritores, y á tanto por otra la ceguedad de hombres fanáticos ó apasionados. Se publicaban, en Cádiz, sin contar los de las provincias, periódicos que salían á luz todos los dias, ó con intervalos más ó ménos largos. Pocos había que conservasen el justo medio, y no se sintiesen del partido á que pertenecian. Entre los que sustentaban las doctrinas liberales, distinguianse el *Semanario patriótico*, que apareció de nuevo despues de juntas las Córtes; *El Conciso*, *El Redactor de Cádiz*, *El Tribuno* y otros varios. Publicaba uno el estado mayor general, moderado y circunscrito comunmente al ramo de su incumbencia. Se imprimia otro bajo el nombre de *Robespierre*, cuyo título basta por sí solo para denotar lo exagerado y violento de sus opiniones. En contraposicion daban á la prensa y circulaban los del bando adverso, periódicos no ménos furiosos y desaforados. Tales eran *El Diario Mercantil*, *El Censor* y *El Procurador de la Nacion y del Rey*, que se publicó más tarde, y superó á todos en iracundos arranques y en personalidades. Otros papeles sueltos, ó que formaban parte de un cuerpo de obra, salían á luz de cuando en cuando, como las *Cartas del Filósofo rancio*, sustentáculo de las doctrinas que indicaba su título; *El Tomista en las Cortes*, produccion notable concebida en sentir opuesto; y la *Inquisicion sin máscara*, cuyo autor, enemigo de aquel establecimiento, le impugnaba despojándole de todo disfraz ó velo, con copia de argumentos y citas escogidas. Semejantes escritos ú opúsculos arrojaban de sí mucha claridad y difundian bastantes conocimientos, mas no sin suscitar á veces reyertas que encancerasen los ánimos. Males inseparables de la libertad, sobre todo en un principio, pero preferibles por el desarrollo é impulso que imprimen al encogimiento y aniquilacion de la servidumbre.

Pararon mucho en este tiempo la consideracion pública dos producciones intituladas, la una *Diccionario razonado manual*, y la otra *Diccionario críticoburlesco*, no tanto la primera por su mérito intrínseco, como por la contestacion que recibió en la segunda, y por el estruendo que ambas movieron. El *Diccionario manual*, parto de una alma aviesa, enderezábase á sostener doctrinas añejas, interpretadas segun la mejor conveniència del autor. Censuraba amargamente á las Cortes y sus providencias, no respetaba á los individuos, y bajo pretexto de defender la religion, perjudicábala en realidad, y la insultaba quizá no menos que al entendimiento. Guardar silencio hubiera sido la mejor respuesta á tales invectivas; pero D. Bartolomé Gallardo, bibliotecario de las Cortes, hombre de ingenio agudo, mas de natural acerbo, y que manejaba la lengua con pureza y chiste, muy acreditado poco ántes con motivo de un folleto satírico y festivo, y nombrado *Apología de los Palos*, quiso refutar ridiculizándole al autor de la mencionada obra. Hízolo por medio de la que intituló *Diccionario crítico-burlesco*, en la que desgraciadamente no se limitó á patentizar las falsas doctrinas y las calumnias de su adversario, y á quitarle el barniz de hipocresía con que se disfrazaba, sino que se propasó, rozándose con los dogmas religiosos, é imitando á ciertos escritores franceses del siglo XVIII. Conducta que reprobaba el filósofo por inoportuna, el hombre de estado por indiscreta, y por muy escandalosa el hombre religioso y pío. Los que buscaban ocasion para tachar de incrédulos á algunos de los que gobernaban y á muchos diputados, halláronla ahora, y la hallaron, al parecer, plausible, por ser el D. Bartolomé bibliotecario de Cortes, y llevar con eso trazas de haber impreso el libro con anuencia de ciertos vocales. Presuncion infundada, porque era Gallardo hombre de pedir ni de escuchar consejos; y en este lance obró por sí, no mostrando á nadie aquellos artículos, que hubieran podido merecer la censura de varones prudentes ó timoratos. La publicacion del libro produjo en Cádiz sensacion extrema, y contraria á lo que el autor esperaba. Desaprobóse universalmente, y la voz popular no tardó en penetrar y subir hasta las Córtes.

En una sesion secreta, celebrada el 18 de Abril, fué cuando allí se oyeron los primeros clamores. Vivos y agudos salieron de la boca de muchos diputados, de cuyas resultas enzarzáronse graves y largos debates. Habia señores que querían se saltase por encima de todos los trámites y se impusiese al autor un ejemplar castigo. Otros más cuerdos los apaciguaron, y consiguieron que se ciñese la providencia de las Cortes á excitar con esfuerzo la atencion del Gobierno. Ejecutóse así en términos

severos, que fueron los siguientes: «Que se manifieste á la Regencia la amargura y sentimiento que ha producido á las Córtes la publicacion de un impreso intitulado *Diccionario crítico-burlesco*, y que resultando comprobados debidamente los insultos que pueda sufrir la religion por este escrito, proceda con la brevedad que corresponda á reparar sus males con todo el rigor que prescriben las leyes; dando cuenta á las Cortes de todo para su tranquilidad y sosiego.»

Aunque impropia de las Córtes semejante resolucion, y ajena quizá de sus facultades, no hubiera ella tenido trascendencia muy general, si hombres fanáticos, ó que aparentaban serlo, validos de tan inesperada ocurrencia no se hubiesen cebado ya con la esperanza de restablecer la Inquisicion. Nunca, en efecto, se les habla presentado coyuntura más favorable; cuando atizando unos y atemorizados otros, casi faltaba arrimo á los que no cambian de opinion, ó la modifican por sólo los extravíos ó errores de un individuo.

En la sesion pública de 22 de Abril levantóse, pues, á provocar el restablecimiento del Santo Oficio D. Francisco Riesco, inquisidor del tribunal de Llerena, hombre sano y bien intencionado, pero afecto á la corporacion á que pertenecía. No era el D. Francisco sino un echadizo; detras venía todo el partido anti-reformador, engrosado esta vez con muchos tímidos, y dispuesto á ganar por sorpresa la votacion. Pero ántes de referir lo que entónces pasó, conviene detenernos y contar el estado de la Inquisicion en España desde el levantamiento de 1808.

En aquel tiempo hallóse el tribunal como suspendido. Le quiso poner en ejercicio, segun insinuamos, la Junta Central, cuando en un principio, inclinando á ideas rancias, nombró por inquisidor general al Obispo de Orense. Pero entonces, ademas del impedimento que presentaron los sucesos de la guerra, tropezóse con otra dificultad. Nombraban los papas, á propuesta del Rey, los inquisidores generales, y les expedian bulas, atribuyéndoles á ellos solos la omnímada jurisdiccion eclesiástica; de manera que no podian reputarse los demas inquisidores sino meros consejeros suyos. Éstos, sin embargo, sostenian que en la vacante correspondía la jurisdiccion al Consejo Supremo; pero sin mostrar las bulas que lo probasen, alegando que habian dejado todos los papeles en Madrid, ocupado á la sazón por los enemigos. Excusa, al parecer, inventada, é inútil aun siendo cierta, no pudiendo considerarse como vacante la plaza de inquisidor general, pues el último, el Sr. Arce, no había muerto, y sólo sí se había quedado con los franceses. Cierito que se aseguraba haber hecho renuncia de su oficio en 1808; mas no se probaba

la hubiese admitido el Papa, requisito necesario para su validacion, por estar ya interrumpida la correspondencia con la Santa Sede; cuya circunstancia impedia asimismo la expedicion de cualquiera otra bula que confirmase el nombramiento de un nuevo inquisidor general. En tal coyuntura, no siéndole dado á la Junta suplir la autoridad eclesiástica por medio de la civil, y no constando legalmente que le fuese lícito al Consejo Supremo de la Inquisicion substituirse en lugar de aquélla, se estancó el asunto, coadyuvando á ello los desafectos al restablecimiento, que se agarraron de aquel incidente para llenar su objeto y aquietar las conciencias tímidas. Sucedió la primera Regencia á la Junta Central, y en su descaminado celo ó mal entendida ambicion, ansiosa de reponer todos los Consejos, conforme en su lugar apuntamos, repuso tambien el de la Inquisicion. Mas los ministros de este tribunal, prudentes, conociendo quizá ellos mismos su falta de autoridad, y columbrando adónde inclinaba la balanza de la opinion, mantuviéronse tranquilos sin dar señales de vida, satisfechos con cobrar su sueldo y gozar de honores, en expectativa quizá de mejores tiempos.

Instaláronse las Córtes, cuyo comienzo y rumbo parecía desvanecer para siempre las esperanzas de los afectos al Santo Oficio. Una imprudencia entonces, semejante á la de Gallardo ahora, aunque no tan inconsiderada, reanimóselas fundadamente. Poco despues de la discusion de la libertad de la imprenta, hallándose todavía las Córtes en la isla de Leon, se publicó un papel intitulado La Triple alianza, su autor D. Manuel Alzaibar, su protector el diputado D. José Mejía, su contenido harto libre. Tomaron las Córtes mano en el asunto, que provocó una discusion acalorada, decidiendo la mayoría que el papel pasase á la calificacion del santo Oficio. Contradiccion manifiesta en una asamblea que acababa de decretar la libertad de la imprenta, é inexplicable á los que desconocen la inestabilidad de doctrinas de que adolecen cuerpos todavía nuevos, y la diferencia que en la opinion mediaba en España, entre la libertad política y la religiosa; propendiendo todos á adoptar sin obstáculo la primera, y rehuendo muchos la otra por hábito, por timidez, por escrupulosa conciencia ó por devocion fingida. Entre los diputados que admitieron el que pasase á la Inquisicion el asunto de La Triple alianza, los habia de buena fe, aunque escasos de luces; y habia otros muy capaces que se fueron al hilo de la opinion extraviada. Más adelante convirtiéronse muchos de ellos en acérrimos antagonistas del mismo tribunal, ó por haber adquirido mayor ilustracion, ó por no ver ya riesgo en mudar de dictámen.

En aquella sazón, no obstante lo resuelto, tropezóse para llevar á efecto la providencia de las Córtes con los mismos obstáculos que en tiempo de la Junta Central, y se nombró para removerlos y tratar á fondo el asunto una comision, compuesta de los señores Obispo de Mallorca, Muñoz Torrero, Valiente, Gutierrez de la Huerta, y Perez de la Puebla. Creíase entónces que estos señores por la mayor parte se desviarían de restablecer la Inquisicion. No cabía duda en ello respecto del Sr. Muñoz Torrero, y tambien se contaba como de seguro con el Obispo de Mallorca, quien, si no docto á la manera del anterior diputado, no por eso carecia de conocimientos, manifestando, ademas, celo por la conservacion de los derechos del episcopado, usurpados por la Inquisicion. Á los señores Valiente y Gutierrez de la Huerta los reputaban muchos, en aquel tiempo, por hombres despreocupados y entendidos, y de consiguiente adversarios de dicho tribunal. No así se pensaba del Sr. Perez, que fué siempre muy secuaz suyo.

Llegado, en fin, el momento de que la Comision evacuase su informe, opinó la mayoría, por conviccion, por recelo ó por personal resentimiento, que se dejasen expeditas las facultades de la Inquisicion, y que dicho tribunal se pusiese desde luégo en ejercicio. Hizóse este acuerdo en Julio de 1811. Mas como la cuestion se habia ido ilustrando entre tanto, y tomando revuelo la oposicion al Santo Oficio, empozóse por mucho tiempo lo resuelto en la Comision. Agacháronse, por decirlo así, los promovedores, aguardando ocasion oportuna; y presentóse, segun queda dicho, el libro de D. Bartolomé Gallardo, y no la desaprovecharon.

Y ahora, siguiendo de nuevo el curso de la narracion suspendida arriba, referirémos que en aquel dia, 22 de Abril, el ya citado D. Francisco Riesco, doliéndose amargamente de lo postergado que se dejaba el negocio de la Inquisicion, pidió se diese sin tardanza cuenta del expediente, que presumia despachado por la Comision. En efecto, acababan de recibirlo los secretarios; y tanta priesa corria la aprobacion del informe dado, que ni siquiera permitian los partidarios de la Inquisicion que se registrase, segun era costumbre. Diligente conato, que les dañó en vez de favorecerlos.

Dañáronles tambien ciertas precauciones que habian tomado, pues se figuraron que no les bastaba contar con la mayoría en las Córtes, si no se escudaban con el público de las galerías. Así fué que muy de madrugada las llenaron de ahijados suyos, con tan poco disimulo, que entre los concurrentes se divisaban muchos frailes, cuya presencia no se advertia en las demas ocasiones. Pensamiento muy desacordado, ademas de

anárquico, porque daban así armas al bando liberal, que no pecaba de tímido, y volvian contra ellos las mismas de que se habian valido en sus reclamaciones contra los susurros, y alguna vez desmanes, de los asistentes á las sesiones.

La del 22 de Abril amaneció muy sombría, pues el triunfo de la Inquisicion socavaba por sus cimientos las novedades adoptadas, y pronosticaba persecuciones, con la completa ruina, ademas, del partido reformador. Por lo tanto, decidióse éste á echar el resto y aventurarlo todo ántes de permitir su total destruccion; mas trató primero de maniobrar con destreza para evitar estruendos, lo cual consiguió bien y cumplidamente.

Entablado asunto tan grave, dióse principio á los debates por leer el dictámen de la Comision, que llevaba la fecha atrasada del 30 de Octubre de 1811, y le habia extendido el Sr. Valiente, estando ya en el navío *Asia*. Indicamos en su lugar, cuando la desgracia ocurrida á dicho diputado en 26 de Octubre, que más adelante referiríamos en qué se habia ocupado luégo que se halló á bordo de aquel buque. Pues ésta fué su tarea, á nuestro entender no muy digna, en especial siendo el Sr. Valiente de ideas muy contrarias, y llevando su opinion visos de venganza por el ultraje padecido.

Reducíase el dictámen de la Comision, segun apuntamos ántes, á reponer en el ejercicio de sus funciones al Consejo de la Suprema Inquisicion, añadiendo sólo ciertas limitaciones relativas á los negocios políticos y censura de obras de la misma clase. No firmó el dictámen, como era natural, el Sr. Muñoz Torrero, ni tampoco puso su voto por separado; pendió de falta de tiempo. «La víspera por la tarde (dijo) habíanle llamado los señores de la Comision que estaban presentes; y convenídose, á pesar de las reflexiones que les hizo, en adoptar el dictámen extendido por el Sr. Valiente sin variacion alguna.» No negó, en contestacion, el Sr. Gutierrez de la Huerta la verdad de lo alegado por el Sr. Muñoz Torrero; mas conceptuaba ser el asunto demasiadamente obvio para sobreseer en su discusion por tiempo indeterminado.

Prosiguiendo el debate se encendieron más y más los ánimos, á punto que las galerías, compuestas al principio de los espectadores que hemos dicho, se desmandaron y tomaron parte en favor de los defensores de la Inquisicion; y acordámonos haber visto algunos frailes desatarse en murmullos y palmoteos sin cordura, y olvidados del hábito que los cubría. No se arredraron los liberales; ántes bien les sirvió de mucho un celo tan indiscreto.

Avezados los que de ellos había en las Córtes á no acometer de frente ciertas cuestiones, y conociendo lo mucho que ayudan en los cuerpos los antecedentes para no precipitar las resoluciones, y dar buena salida á los vocales que, deseosos de no comprometerse, ansian hallar alguna, á fin de no decidirse ni en pro ni en contra en asuntos peliagudos, habian tomado de antemano medidas que llenasen su objeto. Fué una introducir, en un decreto aprobado en 25 de Marzo último, sobre la creacion del Tribunal Supremo de Justicia, un artículo, que decia: «Quedan suprimidos los tribunales conocidos con el nombre de Consejos.» Estaba en este caso la Inquisicion, ó se conceptuaba abolida por la decision anterior, ó á lo ménos exigíase por ella que, dado que se restableciese, se verificase bajo otro nombre y forma; lo cual daba largas, y proporcionaba plausible efugio para esquivar cualquiera sorpresa. Mayor le ofrecia otro acuerdo de las mismas Córtes, propuesto con gran prevision por D. Juan Nicasio Gallego al acabarse de discutir el 13 de Diciembre la segunda parte del proyecto de Constitucion. Se hallaba concebido en estos términos: «Que ninguna proposicion que tuviese relacion con los asuntos comprendidos en aquella ley fundamental, fuese admitida á discusion sin que, examinada préviamente por la comision que habia formado el proyecto, se viese que no era de modo alguno contraria á ninguno de sus artículos aprobados.» Hizo ya entónces el diputado Gallego esta proposicion pensando en el Santo Oficio, como recordamos que nos dijo al extenderla. Acertó en su conjetura. Mas ántes de determinar sobre ella, y en vista ya de lo resuelto en cuanto á supresion de Consejos, habíase aprobado despues de largo debate, «suspéndase por ahora la discusion de este asunto (el de la Inquisicion), señalándose dia para ella.» En seguida fué cuando suscitándose nueva reyerta, se logró que, conforme á la propuesta aprobada del Sr. Gallego, pasase el expediente á la comision de Constitucion. Providencia que paró el golpe preparado tan de antemano por el partido fanático, y dió esperanzas fundadas de que más adelante se destruiria de raíz y solemnemente el Santo Oficio; porque tanto confiaban todos en la comision de Constitucion, cuya mayoría constaba de personas prudentes, instruidas y doctas. No desayudó este triunfo á D. Bartolomé Gallardo, origen de semejante ruido. Permaneció dicho autor preso tres meses; duró bastante tiempo su causa, de la cual se vió al cabo quitto y libre, no á tanta costa como era de recelar y anunciaba en un principio la tormenta que levantó su opúsculo.

Tras esto, exasperados cada vez más los enemigos de las reformas, y viendo que cuanto intentaban, otro tanto se les frustraba y volvía contra

ellos, idearon promover que se disolviesen las actuales Córtes, y se convocasen las ordinarias conforme á la Constitucion. Lisonjeaba el pensamiento á muchos diputados, áun de los liberales, y retraia á otros manifestar francamente su opinion el temor de que se les atribuyesen miras personales ó anhelo de perpetuarse, segun proclamaban ya sus émulos.

En tal estado de cosas, presentó el 25 de Abril la comision de Constitucion un informe acerca del asunto, siendo de parecer que deberian reunirse las Córtes ordinarias en el año próximo de 1813, y no disolverse las actuales ántes de instalarse aquéllas, sino á lo más cerrarse. Apoyaba la Comision en este punto juiciosamente su dictámen, diciendo: «Que si se disolviesen las Córtes, sucederia forzosamente que hasta la reunion de las nuevas ordinarias quedaria la nacion sin representacion efectiva, y consiguientemente imposibilitada de sostener con sus medidas legislativas al Gobierno, y de intervenir en aquellos casos graves que á cada paso podian y debian ocurrir en aquella época.» Y despues añadia que sí se cerrasen las actuales Córtes, pero sin disolverse, «los actuales diputados deberian entenderse obligados á concurrir á extraordinarias, si ocurriese su convocacion una ó más veces, hasta que se constituyesen las próximas ordinarias.»

Por lo que respecta al mes en que convenia se untasen las últimas, que se llamaban para el año de 1813, opinaba la misma Comision que, en vez del 1.º de Marzo, como señalaba la Constitucion, fuese el 1.º de Octubre, por quedar ya poco tiempo para que se realizasen las elecciones, y acudiesen diputados de tan distantes puntos, en especial los de Ultramar. Á la exposicion de la Comision, mesurada y sábia, acompañaba la minuta de decreto de convocatoria, y dos instrucciones, una para la Península, y otra para América y Asia, necesarias por las circunstancias peculiares en que se hallaban los españoles de ambos hemisferios; acá con la invasion francesa, allá con las revueltas intestinas.

En los días 4 y 6 de Mayo aprobaron las Córtes el dictámen de la Comision, despues de haberse pronunciado en pro y en contra notables discursos; con cuya resolucion vinieron al suelo, hasta cierto punto, los proyectos de los que ya presumian derribar, disolviéndose las Córtes, la obra de las reformas, todavía no bien afianzada.